
La Sonrisa

Horacio Quiroga

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 9102

Título: La Sonrisa

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Artículo

Editor: Brian

Fecha de creación: 29 de julio de 2026

Fecha de modificación: 29 de julio de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Sonrisa

Sin excepción, todas las mujeres saben sonreír. Muchas lo hacen muy bien. Otras lo hacen mal y sin gracia; pero lo hacen. Y esto pasa así, porque esta virtud del término medio —tal la sonrisa—, de la esperanza a medias, de la concesión a medias, del perdón a medias, es eminentemente femenina.

Los hombres, en cambio, ríen con toda la boca si hallan motivos para estar alegres, y dicen terribles groserías cuando están enojados. Tal es su casta.

Y esto proviene de que siendo gente de ataque y no de defensa, se dejan ir a fondo. Prometen demasiado, y conceden también demasiado. Lo que hace que ambos sexos anden tropezando desde el caso Eva-Paraíso, y hasta su triste vejez. Porque entonces uno llora todo lo que rió al principio, y el otro ríe con el cigarro en la boca cuanto en el comienzo le fue preciso lloriquear.

El hombre —el varón, digamos— no sabe sonreír. La sonrisa es en él una cuestión intelectual, un signo externo de su cultura. Cuanto más frecuentes han sido sus escapatorias a través de los juicios y de los prejuicios, mayor finura adquiere su sonrisa.

Sonrisa fina: he aquí una cualidad de sonrisa exclusivamente masculina. La sonrisa de la mujer puede ser amable, graciosa, seductora, insinuante, cualquier cosa. Cualquiera que sea su carácter, ella es siempre una virtud del sexo mismo, que no tiene sino una finalidad y una manifestación: tornar más seductor el rostro que la ha bosquejado.

En el hombre, no. En él la sonrisa es una cosa de adentro,

cuya finura creciente, hasta diluirse en una imperceptible luz de la pupila, va marcando la profundidad mental del sujeto.

¿Ha supuesto nadie una fina sonrisa en un querandí o en un campesino de la Galitzia?

Tampoco en la mujer, porque dichosamente para ella —y para nosotros— la hermosa criatura de diecisiete años que sonríe, no ha menester de otra cosa para valer en este bajo mundo, ella, lo que la Suprema Intelectualidad de cualquier cantidad de hombres.

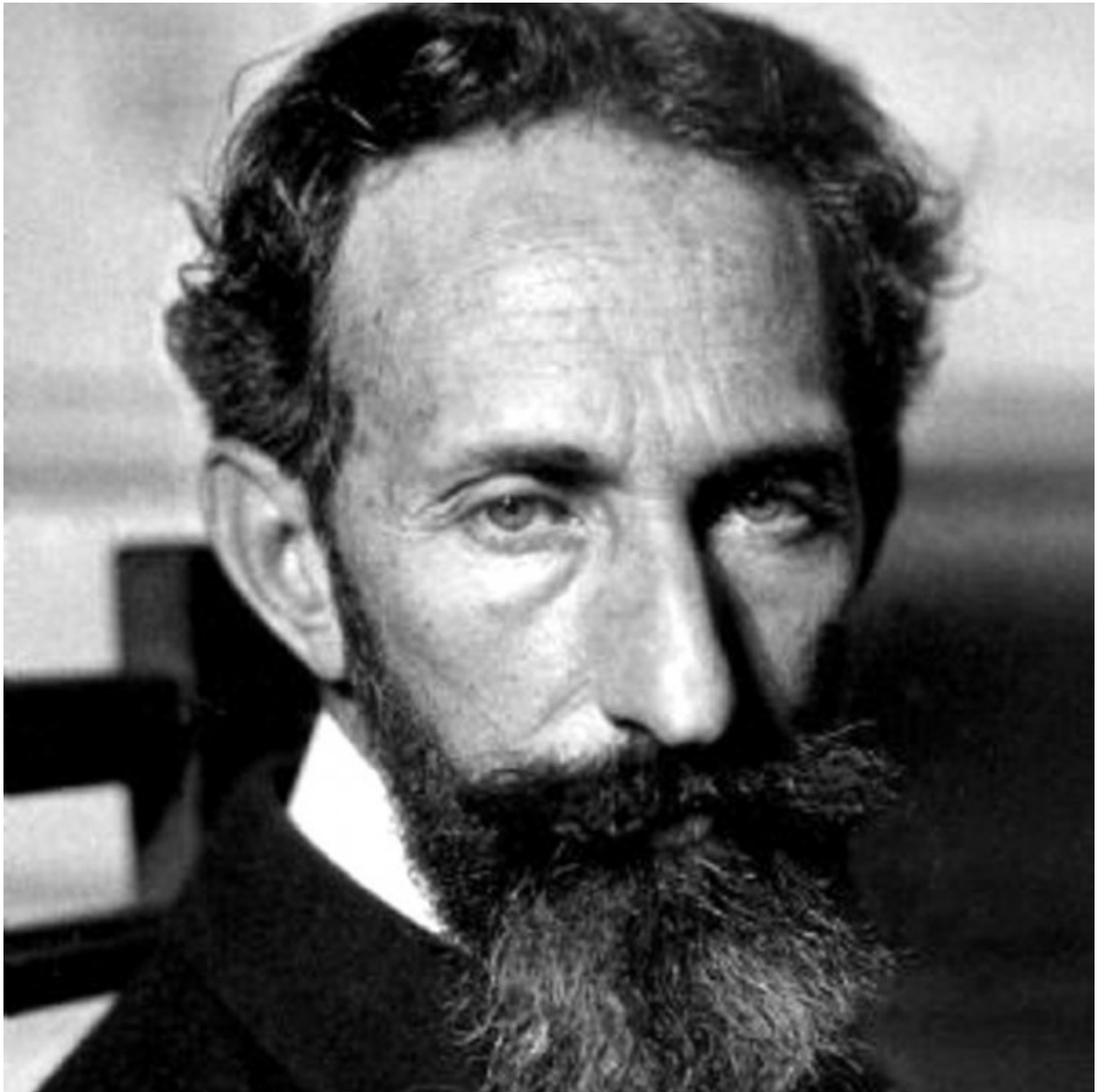
Y si el hombre no sabe sonreír, es sencillamente porque su naturaleza no está hecha para ello. Cuando lo aprende, es porque su cerebro ha sonreído ya de una porción de cosas. De aquí que sonrisa e ironía sean flor y fruto del mismo árbol, y por idéntico motivo la sonrisa de un hombre de cabeza nevada que todo lo perdona porque todo lo comprende, tiene una finura que merece gran cariño y respeto.

Dios nos libre, sin embargo, de ser nosotros el motivo de su sonrisa.

Pero hay a todo lo apuntado una excepción, una sola, en la cual todo hombre —aún el campesino de la Galitzia— sabe sonreír. Este fenómeno se verifica cuando el hombre y la mujer, ambos jóvenes, están uno al lado del otro mirándose a una distancia que en el 99% de los casos no debe exceder de veinte centímetros: y el mundo exterior se ha retirado a distancias planetarias, y no queda del vasto mundo pululante sino dos seres que desde hace un minuto se están mirando mudos y sonriendo.

Pero esta clase de sonrisas nada tienen que ver con nuestro asunto.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)